

LA EDUCACION: PRINCIPIOS Y FUNDAMENTOS

POR

MARCEL CLEMENT.

Director de «L'HOMME NOUVEAU».

En este año de gracia de 1973, entre todas las dificultades con las cuales han tenido que enfrentarse los hombres, las concernientes a la educación revisten un carácter tan dramático que ha parecido oportuno contemplarlas como tema de este Congreso.

¡Qué paradoja! Se comprueba que cuando la providencia permite al hombre que invente alguna nueva máquina, resulta que tiene necesidad de trabajar, de formarse, para aprender a utilizarla. Es fácil comprender que hoy resulte particularmente necesario poner a punto una pedagogía adaptada para aprender a conducir el avión supersónico. Pero ¡para educar al hombre!, que después de dos mil años de vida cristiana nos hallemos luchando para formular los principios de la educación del niño, del adolescente... Esto por sí sólo dice demasiado acerca de la crisis moral, de la crisis espiritual, de la crisis de civilización que mina nuestra sociedad, que mina la humanidad entera.

¡Vayamos más lejos todavía! Es igualmente correcto entender que la invención de la radiodifusión, de la televisión, de la automática o del ordenador, renuevan ciertos aspectos de la educación, del mismo modo que ayer la invención de la imprenta modificó la estructura y el ritmo de la vida en las familias y la vida de las escuelas. Pero en 1973 no son ya ciertos aspectos especiales de la pedagogía, sino los mismos principios, la finalidad profunda, única e intangible, de la educación humana y cristiana, lo que nos es preciso explorar nuevamente para formularlos otra vez en una sociedad que parece no haberlas conocido nunca. He ahí el testimonio doloroso de la crisis en que el hombre se halla. Aquí son los gobernantes que

nes reprochan a los padres de familia su falta de firmeza. Allí son las mismas familias las que se sublevan contra los programas del Estado. Por lo demás, se incita a los adolescentes y hasta a los mismos niños a alzarse contra sus padres o contra sus maestros: *«Escuela que ya no propone en modo alguno, o no se propone sino accesoriamente un fin educativo; padres convertidos en moralmente incapaces de dar una educación correcta a sus hijos mediante su ejemplo y su dirección; he ahí donde debemos buscar, ante todo, la causa de la quiebra, hoy universalmente admitida y deplorada de la educación, más aún que en las faltas y los errores, igualmente condenables, de los propios niños»*. Este juicio profético de Pío XII se remonta a 1956; he ahí que más de quince años después resulta más oportuno hoy que en aquella época.

Es preciso, pues, en esta situación amarga, que intentemos, aunque con esperanza y método, una peregrinación a las fuentes. Así como la familia, según palabras de San Agustín, es la célula primaria de la sociedad, también los actos humanos que concurren en la educación de los niños aparecen como la propia vida de esta célula. No es principalmente, de una manera puramente teórica y cerebral, como, al comienzo de este Congreso, podemos considerar en su raíz profunda la filosofía de la educación, sino principalmente con una actitud espiritual de acogida. No se trata sólo de conocer unos principios verdaderos. Es preciso, tratándose de esta cuestión, amarlos en su conjunto y lograr que no resulten naturales, como a los filósofos les gusta decir. En suma, es preciso que penetremos en el misterio de la educación, para comprenderlo, no como si se hallara en una penumbra o una oscuridad, sino más bien dándonos cuenta de que lo envuelve una luz demasiado densa, demasiado intensa para nuestra mirada. El misterio no proviene de que el objeto esté mal o insuficientemente alumbrado; dimana de la debilidad de nuestros ojos. Cuando se trata de acoger al niño que viene al mundo y de permitirle alcanzar, con sus hermanos y hermanas, sus primos y todos sus compañeros, la perfección de la edad adulta, se trata de un misterio en el sentido que acabo de evocar. Este discurso no pretende sino introducirnos más aún, a todos juntamente con el conocimiento, en la experiencia, de este misterio.

Ciertamente, nos hace falta descubrir, en primer lugar, cuál es la finalidad humana y cristiana de la educación, su objeto; pero, además, es aún preciso que, en primer plano, consideremos al propio niño, en su evolución de la que es él *sujeto*. Nos es preciso, finalmente, recordar quiénes son los *agentes* de la educación, quiénes asumen la responsabilidad y cuáles son los medios que les resultan favorables. Tratemos, de hacer, pues, a vuelo de pájaro, este repaso de conjunto.

I. ¿La conciencia cristiana?, objeto de la educación.

Habida cuenta del hecho de que la educación no es, en primer lugar una acción de cada uno de los padres sobre cada uno de los hijos, sino bastante más, es una acción de la comunidad familiar, de la comunidad escolar y también de la comunidad cultural total, en el seno de las cuales los niños son educados y formados en conjunto, ha de determinarse cuál es, pues, el objetivo, cuál la finalidad propuesta a los padres y a los otros agentes de la educación como término último de la responsabilidad que asumen con relación a los niños.

La respuesta es breve. La educación tiene por fin todo cuanto puede permitir a cada uno de los educandos convertirse en un cristiano.

¡Un cristiano! La palabra hoy tan frecuentemente utilizada, no está, sin embargo, desprovista de equívocos. Hace falta, pues, precisar lo que significa. Se trata de permitir a cada niño que alcance la madurez física, la madurez moral, la madurez intelectual, la madurez afectiva. Pero ha de ser al modo cristiano, es decir, cooperando con la gracia recibida del bautismo, como cada uno debe alcanzar esta madurez. A través de este complejo desarrollo, gracias a la vida divina en el alma, a la caridad teologal que debe informar todas las virtudes, es como debe ser alcanzada, invisible pero realmente, la plenitud de la edad de Cristo en el alma humana.

Advirtamos que es arbitrario, es artificial, incluso iba yo a decir es «cartesiano», desdoblarse así en cuatro o cinco especies la madurez.

En concreto, no hay más que un niño. No hay más que un crecimiento. Es solamente para la claridad de la exposición por lo que divido así la materia. En la práctica todo está ligado. La vida es siempre una síntesis.

¿La *madurez física*? No sólo es la salud del cuerpo a lo largo de la infancia, de la adolescencia, de la edad adulta. Es también el pleno desarrollo de los talentos que están ya en germen en ciertas aptitudes, bien se trate de la habilidad o de la soltura, de la agudeza visual o auditiva, de la resistencia nerviosa o de la fuerza muscular. Los padres, los educadores, tienen gracia de estado para observar y descubrir las aptitudes virtuales, para darles las ocasiones más oportunas de expansionarse, sin que por ello, y esto cae por sí solo de su peso, se favorezca la hipertrofia de ciertas facultades, y, por este hecho, la atrofia de otras.

¿La *madurez moral*? Esta está estrechamente ligada al desarrollo de la madurez física y la adquisición de una y otra no pueden estar disociadas. No hay desarrollo corporal sin disciplina y sin dominio de uno mismo. ¿Qué es la madurez moral? La adquisición, mediante el ejercicio, de una voluntad recta y fuerte. Del mismo modo que no todos tienen el mismo vigor físico, no todos tienen la misma firmeza moral. Dios dispone, permite las circunstancias e inspira los espíritus para que cada uno pueda dar toda su medida, incluso si cada medida es única. Ya que el ejercicio, en la gracia, de la voluntad humilde y recta, es el propio crecimiento del amor en el alma. Así, se nos pide a todos que luchemos para que, a través de los apetitos, de las obsesiones, a veces de la imaginación, de la fuerza de las pasiones, la intención profunda quede sumisa a la voluntad divina y que el acto humano resulte suficientemente realizado para que llegue finalmente, en su ejecución, a lo que haya sido lo primero en la intención.

Hoy apenas se habla de las virtudes morales, incluso muchos ni siquiera saben ya sus nombres. Sin embargo, la madurez moral, hoy como ayer, continúa consistiendo en la adquisición de la prudencia, de la justicia, de la fortaleza, de la templanza. Estas disposiciones personales permanentes para obrar eficazmente, de acuerdo con la razón, realizan, en cierta manera, en el orden moral, la misma fun-

ción que el esqueleto en el orden físico. Inseparable del resto de la vida orgánica, el esqueleto es el almacén. Mide la talla, dispone los gestos, constituye el sostén. Así, son las virtudes morales. Es la prudencia la que nos determina a adaptar la acción a las circunstancias según la conciencia bien formada. La justicia nos dispone a dar a cada uno lo que es su derecho. La fortaleza, a dominar el miedo. La templanza, a dominar los apetitos de disfrute o goce. Cuatro cosas de las cuales el hombre de hoy no se ha formado una idea suficientemente clara ...

La *madurez intelectual*, aunque en buena medida resulte totalmente desconocida para la mayoría de nuestros contemporáneos, sin embargo continúa siendo considerada, de acuerdo con la moda del día, como el centro oficial de la educación de hoy.

En efecto, los programas de la mayoría de los Estados, apenas se ocupan de la formación moral; tal vez por considerar que exigir esta formación atentaría contra la «libertad». La formación del carácter y la formación del corazón tampoco tienen ya audiencia: se les acusa alternativamente de engendrar patriotismos o de preparar las guerras. Por el contrario, a la vida intelectual se le rinden todos los honores y el tipo social autodefinido como «el intelectual» ha reemplazado al héroe o al sabio de las edades paganas o al santo de los siglos cristianos.

En segundo lugar, el intelectual es calificado «de izquierdas» o «de derechas», según su actitud sea más o menos de adaptación o más o menos de rebeldía frente al torbellino de las ideas muertas, aireadas por la última moda. Por esto resulta demasiado frecuente que no sea inteligente el intelectual que no es más que intelectual.

No se puede, pues, ni siquiera afirmar que nuestro tiempo logre el éxito en el único terreno que reivindica. La educación de la inteligencia tiene por fin permitir al niño que adquiera, de un modo proporcionado a sus dotes, una visión del mundo conforme a la realidad. En este sentido, el principio último de la educación es «el ser». La inteligencia está bien formada cuando está conformada a «el ser», pues está habitada por la verdad, y se desarrolla en una imagen cada vez más fiel y siempre más viva de la realidad del plan de Dios, de las leyes del universo, de la naturaleza y de la conducta

de los hombres. Es inevitable que en razón, por ejemplo, de la formación profesional, en un momento dado, la actividad de la inteligencia tenga que especializarse para iluminar la práctica de un oficio, de una profesión o de un ministerio. Pero la cultura general, es decir, el conocimiento inteligente, ordenado y proporcionado del Creador, de la creación y de las criaturas constituye el fundamento de la educación de la inteligencia, que no puede desenvolverse sino cuando adquiere conocimientos ciertos y percibe sus causas.

Madurez física, moral, intelectual no pueden ser adquiridas de forma armoniosa y viva más que en cooperación con la gracia de Dios. Esto se ha convertido en una evidencia cotidiana desde que la escuela sin Dios y sin moral moldea una juventud dolorosa, decepcionada o rebelde, escéptica o en búsqueda permanente. Es la vida de la gracia en el niño, es después en el adolescente la luz de la Revelación, son las virtudes teologales, las que unifican y perfeccionan los diversos aspectos de la total madurez humana. Todos nosotros lo sabemos: cuando la gracia es rechazada o expulsada, la misma naturaleza se corrompe, se mutila o se niega. A medida que hemos ido viendo a teólogos que perdían el sentido de lo teológico, que hemos ido viendo que la liturgia perdía el sentido de lo sagrado, que hemos ido viendo cómo la catequesis olvidaba o disimulaba la trascendencia de Dios y soslayaba la cruz de Jesús-Cristo, simultáneamente hemos visto que se multiplicaban las revueitas de la naturaleza contra sus propios límites. No es por casualidad que el tumulto en auge reivindique, entremezclándolos, el derecho a quitarse la vida renunciando a ella, el derecho a destruir la vida inocente, el derecho a no castigar a los culpables, el derecho a destruir toda propiedad privada, el derecho de los sacerdotes a casarse y el derecho para los cristianos a construir sobre la tierra un paraíso socialista. No es por casualidad que, cuando se retira la gracia, la naturaleza quiera reconstruirse de otro modo. Cuando la educación ya no pretende formar cristianos, ni siquiera consigue ya formar hombres. El hombre moderno pide una «nueva sociedad» o un «cambio de sociedad», porque desespera en restaurar a cada persona, desespera de conseguir «el hombre nuevo» en Cristo, y pretende instaurar la justicia en las estructuras y no en las costumbres.

Es, pues, el bautismo del recién nacido, son las plegarias balbuceadas afectuosamente desde la más tierna edad, es la comunicación dada a los niños según el deseo de San Pío X, es el sacramento de penitencia recibido regularmente para profesar en el amor de Dios, del prójimo y en el dominio de uno mismo, en resumen, es el crecimiento incesante de las tres virtudes teologales: de la fe, de la esperanza y de la caridad, lo que hace que Cristo crezca en nosotros, y las que armonizan, funden y desarrollan esa triple madurez a la que tienden las disciplinas físicas, morales e intelectuales.

Es preciso decir una palabra aún, acerca de una de las formas de madurez de la que nuestra sociedad habla enormemente, precisamente porque se le escapa; es la madurez afectiva. Se deplora su ausencia casi por todas partes. Entre los hombres, entre las mujeres, en los diversos niveles de las generaciones. Es porque la madurez afectiva, según la definición que de ella dan los psicólogos contemporáneos, consiste en dar el paso equilibrado y dinámico desde el repliegue sobre uno mismo a la actitud espontánea del don de sí. Ahora bien, desde la caída original, el movimiento espontáneo de la naturaleza herida es idéntico al movimiento espontáneo del movimiento animal. Cuando se la golpea, se repliega. Cuanto desea lo quiere captar. Es Cristo quien nos ha enseñado y, sobre todo, quien nos ha comunicado la luz y la fuerza para transformar, para trastocar, debería decirse, el amor de captación en amor de servicio o de ofrenda, para transformar el repliegue de la desesperación o de la rebeldía en un despliegue en torno de la cruz en la esperanza cristiana. Es excesivo decir que, en un mundo que ya no es cristiano, sea una entre otras tantas quimeras, e incluso como tantas otras mentiras o hipocresías, este equilibrio gozoso, este señorío de sí mismo que no es tensión, este despliegue, esta entrega, este sobrepasarse que se convierte poco a poco en una segunda naturaleza. En un mundo que ya no es cristiano, se rehúsa la cruz y se ridiculiza a quienes ofrecen sus sufrimientos a Dios, tratándolos de «doloristas» si no de «masoquistas», y se propone como modelo ideal un cristianismo adulto en el cual el meollo de la espiritualidad no se hace consistir en reconvertirse ante Dios como niños, sino a la in-

versa en tratar sin delicadeza ni discreción a los niños como si ya fueran adultos.

Ante todo es, pues, la vida cristiana, la unión habitual a Dios, el espíritu de dependencia filial, lo que permite desarrollar las demás formas de madurez. Es la vida de Cristo en nosotros, es nuestra vida con Cristo lo que, haciéndonos cada día más sumisos a Dios, nos convierte también cada día en más dueños de nosotros para el desarrollo físico, la firmeza moral, el desarrollo intelectual y la madurez espiritual.

En resumen, educar es permitir al niño convertirse en cristiano, lo cual, por sí mismo le hace plenamente humano y crecer, como en el Evangelio lo recuerda el Señor, «en estatura, en sabiduría y en santidad».

II. El niño, sujeto de la educación.

Los filósofos de la antigüedad gustaban subrayar que en numerosos aspectos la naturaleza, pródiga con los animales, parece avara con el hombre. Los animales alcanzan su perfección casi inmediatamente, sin esfuerzo. El pequeño polluelo rompe su cáscara y se pone a correr. El pequeño ternero no tiene necesidad más que de algunos días para enderezarse sobre sus patas. Ni la alondra ni el ruiseñor tienen necesidad de largas lecciones de solfeo ni de armonía para convertirse en músicos.

Al hombre niño le falta todo. Incluso el Señor, aprendió a andar, sostenido por las manos de María. Es una de las leyes más profundas de la naturaleza racional del hombre que no puede alcanzar la perfección de forma inmediata y por instinto, sino al contrario, después de largo tiempo, por tanteos, siendo esto causa de sus esfuerzos y de sus progresos. Cada niño debe aprenderlo todo por una sucesión de repeticiones y por el efecto de una puesta a punto progresiva. El infante es un aprendiz; tanto para andar como para comer, tanto para vestirse como para hablar. Es un aprendiz para leer y para escribir, para pintar y para tocar un instrumento. Es un aprendiz para adquirir memoria, siempre por repetición. Es un aprendiz para

aprender a razonar bien, a reflexionar de forma prudente. Es un aprendiz para ejercitar su voluntad y para dar a ésta, a través de una larga serie de vuelta a empezar, de fracasos y de éxitos, la disposición permanente para obrar de conformidad con la recta razón; no bajo el imperio de los apetitos ni la esclavitud de las pasiones o el repliegue del orgullo.

Detrás de esta palabra, aprendiz, se disimula la realidad psicológica más profunda que la sociedad moderna ignora, menosprecia o niega con la mayor obstinación. Es que el hombre es el *sujeto* de la educación. Como en gramática es el sujeto quien realiza la acción, así en educación el sujeto es causa de sus actos. El mismo es el principio de su perfeccionamiento, porque cuando está en la infancia cada una de sus facultades no es aún sino virtual; depende de sus esfuerzos y de la repetición de este esfuerzo que requiere la mayor humildad, para hacer progresos.

Tocamos aquí, así lo creo al menos, el punto más delicado de nuestro estudio. De igual modo como el niño puede crecer porque su esqueleto no está osificado desde el nacimiento, pues los cartílagos no adquieren su último estado más que cuando alcanza la talla adulta, del mismo modo acontece con todas las facultades humanas. A fuerza de repetir el movimiento de la marcha se asegura su equilibrio, la agilidad y la seguridad del paso. A medida que se preparan platos se adquiere la capacidad de cocinar, respetando los imperativos de la variedad, de la salud y del gusto. Moralmente, a fuerza de luchar para aprender a decir la verdad, se desarrolla la disposición permanente de ser veraz. A fuerza de mantener el combate interior se consigue el difícil dominio de sí mismo, preciso para las exigencias de la castidad conyugal o de un celibato consagrado a Dios, a pesar de las borrascas de la vida.

En suma, cuando la inteligencia está acostumbrada a ver claramente lo que está bien y lo que está mal a lo largo de la infancia, de la adolescencia, de la edad adulta, la voluntad puede adquirir, por repetición de intentos no exentos de fracasos, pero sin desalentarse jamás, una permanente *disposición de obrar según la razón*, es decir, conforme a la voluntad divina. Esta disposición permanente que la filosofía denomina un «*habitus*» no es exactamente un hábito.

porque el hábito se inserta en el ser físico. Puede llegar a ser tiránico. El *habitus* define el obrar intelectual y moral; ejerce una causalidad dispositiva, pero no imperativa; lo hace más fácil el cumplimiento del acto orientado a la dirección hacia la cual se ha tendido en el curso del aprendizaje de la vida moral.

Para precisar este punto con la debida concreción permítaseme poner un ejemplo, a la vez irónico y doloroso. El niño que se habitúa desde la infancia indefinidamente a una continua «búsqueda» acerca de Dios y sobre todas las verdades religiosas y morales (esto ya no es una mera hipótesis de escuela), este niño no creerá nunca. A los veinticinco años habrá adquirido el hábito estar «en búsqueda». La disposición permanente de su inteligencia le hará interrogarse sobre Dios y sobre las verdades religiosas y morales sin dar respuestas. Como los hábitos, cuando han alcanzado cierto grado de madurez, llegan a constituir como un armazón sólido de la vida intelectual y moral, la generación formada en la búsqueda por la búsqueda, no podrá ya encontrarse ante un hombre de fe sin experimentar un abominable malestar. Los jóvenes cristianos que están hoy seguros de la Resurrección de Nuestro Señor, en el sentido real de la palabra, seguros de su presencia real en la Eucaristía en el sentido que la Iglesia lo enseña, seguros del derecho a la vida del niño desde el momento de la concepción, seguros de la nobleza del amor conyugal basado en la virginidad, la fidelidad, la fecundidad, tales cristianos llegan a resultar completamente insoportables para la generación formada durante años por aquellos a quienes les han enseñado a buscar sin encontrar, a interrogarse sin formular respuesta y para quienes, en la línea de los *habitus* que se les han inculcado, miden el grado de una inteligencia por su incapacidad de alcanzar la verdad. Paradójicamente, «los aprendices de la búsqueda», empujan a la inteligencia a no ser inteligente, disponen el espíritu a tantear indefinidamente en la caverna y a sondear por todas partes, salvo allí donde hay luz.

Tal es hoy la causa, la más profunda, del fracaso universal de la educación. Cada una de las generaciones que suceden a la precedente añade o sustrae legítimamente algo a la tradición que recibe. Por primera vez ¡en la historia de la civilización cristiana!, una genera-

ción —que felizmente comienza a envejecer—, pretende hacer tabla rasa del pasado, recomenzar a partir de cero, y colocar a cada niño frente a todas las posibilidades, salvo la de la verdadera fe. Toda la revolución cultural contemporánea está así fundada en una hipótesis falsa. Supone que el hombre no tiene necesidad de adquirir hábitos. Quiere evitarle la humillación del aprendizaje, de la repetición ... En la lógica de este error, llega hasta la supresión de toda lección aprendida de memoria; después, pone en duda la ortografía; luego, rechaza la gramática ...

En el otro extremo de esta subversión cultural integral, tenemos el fracaso total, que constatamos, de las ciencias humanas, oficialmente enseñadas. La filosofía, la sociología, la psicología se presentan ante la opinión pública, como disciplinas que, ante todo, forman obreros intelectuales en paro. El hombre que fabrica la educación contemporánea es un intelectual sin contacto con la realidad, que ignora lo que ha venido a hacer en la tierra y que se esfuerza en vivir, más o menos intensamente, sin desprenderse de las pasiones que no le han enseñado a rectificar y cuyo aguijón le impulsa a la rebelión, produciéndole el deseo indefinido de una nueva sociedad, un cambio de la sociedad, una mutación mágica que le permita salir del infierno interior al cual le ha conducido el menosprecio en que tiene las verdaderas exigencias de la educación. Para proyectar su rebelión afirma que es la sociedad actual la que es intolerable. En resumen, quien ha perdido el paraíso interior proclama que «el infierno son los demás».

Lo que debemos transmitir a nuestro hijos, porque no vienen al mundo completamente hechos y porque son sujetos de su propia educación, es la capacidad de adquirir hábitos cada vez más vivos y adaptados; tanto en el orden de la formación física y moral como en el orden de la formación intelectual y cristiana.

A las inteligencias, es necesario dotarlas de hábitos de certeza de fe. El hábito de las certezas que puede alcanzar, por sus propias fuerzas, la razón natural; el hábito, por fin, del carácter relativo de las certezas menos elevadas a las que los conocimientos experimentales o las rectas opiniones sobre las cosas contingentes, pueden conducirnos.

Entiéndese bien que no es necesario fijar ni endurecer la enseñanza de estas certezas. Aunque acaso sea inevitable que en la infancia los conocimientos adquiridos aparezcan como absolutos, es legítimo que en la adolescencia la expansión del horizonte espiritual e intelectual profundicen y hagan aparecer los aspectos contingentes que acompañan inevitablemente las convicciones más fuertes, y es legítimo que en la edad adulta, por fin, se llegue a no atribuir a cada conocimiento más grado de certeza que aquel que le es propio. ¿No es éste, acaso, como expresó Aristóteles, el signo del hombre culto?

La infancia es la edad de la fe. La adolescencia, la edad de la razón. La madurez, la edad que precisa el grado de cada una de las certezas. Para que estas etapas se realicen y sean asumidas en el respeto al crecimiento humano, es preciso que la educación reafirme para la inteligencia la capacidad de alcanzar la verdad, para la voluntad, la capacidad de alcanzar el bien, para el cuerpo, la capacidad de alcanzar la salud, que debe fortalecer, a la vez que es preciso desarrollar progresivamente los hábitos del cuerpo, los hábitos de la voluntad y los hábitos de la inteligencia. En resumen, es preciso volver a dar a los hombres de nuestro tiempo el sentido de una palabra que ya no se osa pronunciar, pues ha sido tan devaluada como la moneda. Los hábitos de la voluntad eran denominados *virtudes* morales. Para analizar las finalidades humanas y cristianas de la educación es preciso basar de nuevo esta educación en la adquisición progresiva de las virtudes intelectuales y de las virtudes morales.

III. La Iglesia, la familia, los cuerpos intermedios agentes de la educación.

De lo que precede, se desprenden dos conclusiones:

— sobre el *objeto* de la educación: ha de ser dentro de una visión de fe y cooperando en la gracia de Dios cómo debe efectuarse la enseñanza y la formación de la inteligencia, de la voluntad, de la sensibilidad y de la vida física incluso.

— acerca del *sujeto* de la educación: ésta debe efectuarse al propio sujeto para que desarrolle los hábitos que le permitan alcanzar el conocimiento sensible, afectivo e intelectual, así como los que le doten de iniciativa, de acción, de su proporción y su eficacia.

Nos queda, pues, por evocar de qué modo el mismo Dios ha dispuesto los deberes y derechos de los que dimanar las responsabilidades de la educación; es decir, determinar quiénes son los *agentes* de la educación.

Es a la Iglesia a quien corresponde en primer lugar; a la Iglesia, tal como la definía Bossuet, «Jesús ha extendido y comunicado» esta misión, de donde dimana la completa primera responsabilidad educativa de los niños y, de modo más general, de todos los hombres. Esta es la responsabilidad de «*Mater et Magistra*», de madre y de maestra, que la Iglesia de Dios ejerce bajo doble título:

De una parte, efectivamente, la Iglesia es madre. Ella nos transmite por el bautismo la vida sobrenatural, la vida íntima de Dios. Como toda madre, debe, pues, velar para esclarecer y acrecentar la vida que ha comunicado y, en consecuencia, la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo, no puede en caso alguno renunciar a la obra, que ella comienza con cada bautismo, de conducir a sus hijos hasta la plenitud de la edad de Cristo. Quienes afirman, con menosprecio de la enseñanza constante del Magisterio, renovado en la «declaración sobre la educación cristiana» del reciente Concilio; que la escuela católica debe de ser abandonada, trabajan en realidad para fabricar huérfanos. Son numerosos, por desgracia, los huérfanos de Dios víctimas de la inconsciencia de los hombres de la Iglesia que luchan contra la enseñanza primaria, secundaria o superior dada en luz de la fe. Es, sin embargo, evidente que negar a la Iglesia su derecho y su deber de instruir y de formar a los que ella llama a la vida divina, sería tanto como constreñirla a abandonar a los niños que ella ha puesto en el mundo.

Por otra parte, lo que ordenó el Señor a sus apóstoles está vigente en nuestro tiempo, como en todos los tiempos: «Id, enseñad a todas las naciones» (Mateo, 28, 19-29). No es una frase anodina. No es, tampoco, una explicación o un comentario, tales como los que el mismo Jesús hacía para ilustrar sus propias palabras. Es mucho más

que eso. Es el enunciado de una vocación. Así como Jesús sólo a Pedro le dio el orden de apacentar el rebaño y rogó para que su fe no desfallezca nunca, del mismo modo el mandamiento que dio a los apóstoles: enseñad y bautizad, determina la vocación de los Obispos unidos a Pedro.

Sé perfectamente que algunas veces se ha sostenido que esta frase de Jesús no se refería más que a la enseñanza religiosa y que excluía la enseñanza que se denomina profana. Pero esta distinción es inadmisibles porque no corresponde más que a los esquemas gratuitos de un pensamiento abstracto, sin fundamento en la realidad. Era sabido, desde los tiempos del Señor, que la enseñanza es un todo indivisible y que no se puede separar la visión del mundo al modo de las facetas de un caleidoscopio incoherente. Una de las causas de las «crisis de fe», que vemos triplicarse sobre todo en la adolescencia, es a menudo el resultado de la coexistencia en la misma inteligencia de una enseñanza sedicente «profana», incompatible con la fe, y de la enseñanza de la fe. No puede haber conflicto entre la enseñanza positivista de la historia de Francia y la historia cristiana de Francia. No puede haber conflicto entre la visión de la medicina materialista y la visión cristiana del hombre en su totalidad. En cambio, a pesar de las propagandas contemporáneas, es evidente que no puede evitarse el conflicto entre Marx y Jesús o entre Freud y Jesús. Cuando más se asimila a Marx, más se evacua la Cruz. Podemos comprobarlo todos los días. Cuanto más se asimila a Freud, más se pierde el sentido del pecado. También a diario lo constatamos.

Por consiguiente: El mandato de Cristo «enseñad a todas las naciones», enriquece la formación total de la inteligencia y de la voluntad en todos los ámbitos, para la búsqueda de la fe. Como dijo el Papa Pío XII en 1950: *«Todas las ciencias tienen directa o indirectamente alguna relación con la religión, no solamente la teología, psicología, la historia, la literatura, sino incluso otras ciencias: jurídicas, médicas, naturales, cosmológicas, filológicas ... Incluso cuando la enseñanza no atañe directamente a la verdad y a la conciencia religiosa, es preciso, por consiguiente, que toda ella esté completamente impregnada de la religión católica».*

Es, pues, legítimo concluir que, a título supereminentemente de

orden sobrenatural y bajo la doble relación de su maternidad y de su magisterio, tiene la Iglesia el deber de enseñar a sus hijos y el derecho correlativo de hacerlo.

En el orden natural, es evidente que corresponde a los padres la responsabilidad directa e indirecta de la educación de los hijos que han traído a este mundo. La naturaleza les atribuye imperativamente, a la vez este deber y este derecho. El deber porque la generación no es más que un principio. Lo que reclama la naturaleza no es un recién nacido, es un adulto formado. Correlativamente, tienen el derecho porque, fuera de los casos dolorosos y felizmente raros de padres indignos, ningún título jurídico puede oponer válidamente el Estado, ni ninguna otra autoridad humana, al derecho natural que los padres tienen, absolutamente en primer lugar, de asumir la responsabilidad de sus hijos.

Es decir, que los derechos de la escuela en sí misma, no son, en cierto modo, sino la prolongación de derechos, que se complementan, de la Iglesia y de la familia de dotar al niño de una formación total. Es, pues, una formulación completamente ilegítima la que hoy en día se titula educación nacional. Hay una educación familiar. La escuela tiene por misión prolongar, completar, perfeccionar la obra principal de la Iglesia y de la familia. La llamada educación nacional no tiene derecho de impedir ni de sustituir a ninguna de éstas. Una educación nacional sólo sería legítima si los niños fueran dados a luz por la misma nación, o si las familias desposeídas de sus derechos naturales no fueran más que los instrumentos dóciles de los objetivos políticos o ideológicos del Estado.

Sin embargo, incluso en las democracias llamadas liberales, el socialismo de Estado escolar y universitario está llegando muy lejos. En numerosos países los programas escolares constituyen una negación de la justicia debida a las familias. Lo que indica cuán grande es la importancia que reviste actualmente la lucha de las asociaciones familiares, de las asociaciones de padres de alumnos. Estas no solamente deben defender la libertad de enseñanza, sino también una autonomía suficiente de los programas y las suficientes garantías en lo concerniente a la formación de los maestros.

¿Equivale esto a decir que, por derecho natural, el Estado no

tiene ningún papel a desempeñar en la enseñanza y en general en la educación? El Estado, en este ámbito, debe considerarse como fundamentalmente respetuoso de la prioridad del derecho de las familias de la Iglesia. Si percibe un impuesto destinado a las escuelas, debe distribuirlo de modo equitativo entre las escuelas según estas sean libremente escogidas por las familias. Este es el derecho natural y cristiano. La nacionalización de la enseñanza es siempre la manifestación de un totalitarismo, es decir, la usurpación por el Estado de los más fundamentales derechos privados, la doctrina que acabo de recordar es tradicional en la Iglesia. Ha sido expuesta, con todo detalle, por el Papa Pío XI en la encíclica *«Divini illius Magistri»*; Subraya en ella que el derecho, o mejor dicho, el deber del Estado consiste en desempeñar al máximo un papel subsidiario en todo cuanto se relacione con la formación general del hombre. Precisó, sin embargo, que cuando se trate del saber directamente ordenado al bien público, como el que difunden las escuelas militares, las escuelas de la Administración, etc., el Estado, tiene, por derecho natural, la plena responsabilidad de estas enseñanzas en razón de su finalidad que concierne directamente a la gerencia del bien común.

Se perfectamente que me dirán que la encíclica de Pío XI está «superada». En cuanto a la declaración conciliar acerca de la educación cristiana, se asegura seriamente que es el «menos bueno» de los documentos del Vaticano II... Todo esto no es sino consecuencia de que las inmisiones del Estado en los derechos de las familias y de la Iglesia no cesan de agravarse desde hace varios decenios. Ocurre porque demasiados hombres de iglesia y demasiados padres de familia han perdido el sentido de sus respectivas responsabilidades en este ámbito.

La evolución social, que está tan falseada en este caso, que llega hasta despreñar los derechos más fundamentales, puede impresionar a las mentes poco reflexivas, o más influenciables. Es nada menos que el propio porvenir de la sociedad lo que está en juego. Aunque tengamos necesidad de soportar injusticias escolares impuestas actualmente en demasiados países, continua siendo por entero un derecho nuestro el de luchar contra estas injusticias, y debemos mantener intacta nuestra esperanza de destruirlas.

Es verdad también —aunque esto excedería del marco de esta exposición— que las opresiones del Estado no son hoy ya, al menos en numerosos países, las más terribles. Los medios de comunicación social se han introducido de hecho, entre los verdaderos responsables de la educación y de quienes deben recibir una formación. Periódicos, revistas, emisoras de radio y televisión, están colocados como un muro opaco entre el Magisterio de la Iglesia y los fieles. Están situados como un muro opaco entre los padres y los hijos, e incluso, a menudo, a causa de la debilidad política de los Estados liberales, también se sitúan como un muro opaco entre el poder político y los ciudadanos ... ¡Más aún!, estos medios de comunicación social tienen tal poder que debilitan, deforman, pervierten incluso, a los responsables de la educación. Sin ser la única causa de la crisis de la Iglesia y de la decadencia eclesiástica, la acción de los medios de comunicación social es una de ellas y no de las menores. Esta acción contribuye también a que los padres pierdan el sentido del respeto al amor y del respeto a la vida. Contribuye también a que el ciudadano pierda el sentido de la herencia nacional y del bien común colectivo. Este poder cultural es hoy el órgano principal de la subversión en el corazón de la sociedad humana.

* * *

Estas notas sombrías, sin embargo, no deben asustarnos. La crisis de la Iglesia, la crisis del amor, la crisis del Estado, la crisis de la economía, la crisis también del arte, parecen concurrir en el tiempo y en el espacio, ante nuestros ojos, en quebrantar la sociedad humana hasta en sus fundamentos. Pero sabemos que Pedro anduvo sobre las aguas y que la palabra del Señor calmó la tempestad. La atmósfera de Semana Santa que reina en la Iglesia, el proceso que el mundo le ha hecho, la desbandada de los apóstoles lejos del Calvario, la hemorragia en las órdenes religiosas, en los seminarios «recyclés», y tantos otros signos de lo que se ha denominado la descomposición del catolicismo, son quizás como tantas otras cosas tentaciones de desesperanza. Sin embargo, es el Viernes Santo el día más próximo al alba de resurrección. Quizás incluso la nueva primavera cristiana

anunciada por Pío XII, el nuevo Pentecostés de amor, profetizado por Juan XXIII, no podría producirse sino en la dimensión del Cuerpo místico después de esta nueva Semana Santa. Ya son numerosos los signos anunciadores de la resurrección. Estas reuniones de Lausanne son un testimonio —y no el menor— de ello. Es, pues, en la paz y en la alegría como nuestra esperanza cotidiana nos lleva a un movimiento lento, pero decidido y seguro, hacia la restauración de todas las cosas en Cristo que, sabemos, está con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. Puesto que la primera y la última palabra de la educación cristiana es precisamente este reinado social de Cristo en las almas y en las familias, en la escuela y en la sociedad entera, debemos combatir, de verdad. Pero, hace ya dos mil años que la victoria ha sido alcanzada y que Cristo reina, vence e impera. *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*